

LA GRANDE ILUSIÓN

CARLOS NORIEGA HOPE

Edición y notas

Raúl Cruz Villanueva

Presentación

Gabriel Manuel Enríquez Hernández

NOTA DEL AUTOR

Algún amigo discreto me insinúa la conveniencia de cambiar el título de esta novela. “Hay un libro que así se llama”, me dice seriamente, pensando él mismo en la existencia de un plagio.

No, mi querido amigo. Norman Angell¹ escribió un libro magnífico: *La grande ilusión*,² que es la ilusión de todos los pueblos. Ésta es otra grande ilusión, un poco menos trascendental, pero infinitamente más inquietante. Lea usted... lea.

¹ Sir Norman Angell Lane (1872-1967) fue un politólogo y periodista inglés. Estudiante de la carrera armamentista y las crisis sociales y económicas que, entre muchas otras causas, llevarían a Europa a las dos guerras mundiales. Sus acciones a favor de la paz, como miembro del comité ejecutivo de la Liga de las Naciones y presidente de la Asociación Abisinia, lo hicieron acreedor del premio Nobel de la paz en 1933. Véase la página oficial del premio: <http://nobelprize.org/nobel_prizes/peace/laureates/1933/angell-bio.html>, consulta: [8 de junio de 2009].

² Originalmente publicado con el título de *Europe's Optical Illusion* en 1909, este ensayo puso en boga la teoría política y económica de Angell (denominada después “norman angellismo”). En él escribe que un país no obtiene ventajas económicas por su poderío político o militar y que subyugar una nación es más una imposibilidad económica que una estrategia válida. Bajo este precepto, Angell publicaría otros dos libros que actualizan sus propuestas: *The Great Illusion: 1933* y *The Great Illusion - now* (1938).

DONDE SE PRESENTAN AL LECTOR A UN HOMBRE Y UNA MUJER, NI MALOS NI
BUENOS

—Sí, señores, San Francisco es la estación que sigue.

El amable conductor, tan amable que había ofrecido un sorbo del tequila “fino”, se alejó sonriendo, en tanto que Enrique miraba, con una ligera melancolía, el paisaje verde, de tonalidad vigorosa que casi molestaba los ojos. Recordaba sus años mozos, pasados en aquella finca de campo perdida en las primeras estribaciones de la sierra. Desde que muriera su padre, quince años atrás, Enrique no había visto esos trigales, lozanos y tranquilos, cubiertos por un cielo azul que carecía de toda belleza plástica. Cielo candente de Jalisco, de una serena indiferencia hacia el paisaje, enemigo de los *cirrus* y los *stratus* que suelen matizar con un manchón blanco y desmayado los cielos de otras regiones. Cielos propicios para murmurar entre dientes alguna estrofa bucólica, de esas que se aprenden en la escuela, recitada con énfasis académico...

Enrique cortó de golpe sus pensamientos. Quizá la dulce meditación habíase divorciado con su espíritu, frívolo y cambiante como su propia vida.

—Mira, linda —murmuró—; todos estos campos de trigo son de la hacienda. Por ellos corrí en el lomo del Pirata, mi caballo predilecto. ¡Ah, entonces era yo un verdadero charro!

Margarita no contestó. Miraba el paisaje con la indiferencia que tienen las mujeres galantes para contemplar los panoramas borrosos, tenuemente alumbrados por la aurora, después de una larga juerga nocturna. Ella había vivido siempre en México, y sólo podía comprender, gracias a ciertas debilidades pasionales, las bellezas de Xochimilco, apenas atisbadas en los amables “días de campo”. Y pensó, entonces, que los meses, largos y monótonos, iban a deslizarse entre esos trigales, lejos de la civilización, es decir, de la ciudad luminosa, repleta de placeres, de *cabarets*, de paseos nocturnos en

auto, de corridas sensacionales en la Plaza de la Condesa,³ capaces de sacudir un poco sus nervios con los pases escalofriantes de Sánchez Mejías...⁴

—Oye, Enrique —interrumpió de súbito—, ¿cuánto tiempo vamos a estar en la hacienda?

Enrique no respondió. Con la mirada perdida en el techo del carro veía las volutas de su cigarrillo.

—Contesta, hombre de Dios. ¿Crees que voy a resistir, así como así, una larga temporada, para que me olviden en México y me reciban a mi regreso como a una payita?

Su interlocutor alzóse de hombros, perfectamente aburrido, y al fin murmuró:

—Chica... ¡no sé!... Tan pronto como arregle el asunto de las hipotecas regresaremos a México. Cuestión de un mes... quizás de una semana... pero te ruego encarecidamente que no olvides tu papel: eres mi prima, una señorita recién salida del Sagrado Corazón,⁵ huérfana y único sostén espiritual de una vieja tía.

Margarita interrumpió alegremente, con una risa cascabeleante, risa de *cabaret*:

—¡Lucida voy a estar! Mire usted que el cambio no es para menos: salir de México en calidad de esposa y volverme de pronto una señorita decente, incapaz de romper un plato, educada cristianamente y, por añadidura, prima de este calavera.

³ Inaugurado el 22 de septiembre de 1907, el toreo de la Condesa se emplazó en la colonia del mismo nombre, que apenas comenzaba a urbanizarse. El toreo funcionó como la plaza más importante de la ciudad hasta 1946, cuando se estrenó la Plaza de toros México y se hizo pública la construcción del toreo de Cuatro Caminos, para el que se reutilizó la estructura metálica de la Condesa, tanto para abaratar costos como para rendirle homenaje a la construcción original. Enrique Vázquez Legarreta, “El toreo en La Condesa”, *El siglo de torreón*, Torreón, Coahuila, 21 de marzo de 2006, p. 12.

⁴ El sevillano Ignacio Sánchez Mejías (1891-1934) fue torero, boxeador, corredor de autos, cronista taurino, político y empresario. Mecenazgo de la Generación del 27, poeta también, tenía éxito en cada corrida que realizaba. Después de ser apadrinado por su cuñado, José Gómez, “Joselito”, en Barcelona y Madrid, hizo una gira por México en 1921. Se retiró varios años de la tauromaquia y en su corrida de regreso a la arena, en Sevilla, murió de una cornada. Federico García Lorca le dedicó el popular “Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías”. El documental, *Ignacio Sánchez Mejías, más allá del toreo*, presenta una amplia perspectiva del sevillano: <<http://www.ignaciosanchezmejias.com/esp.html>>, consulta: [17 de junio de 2009].

⁵ Las religiosas de la congregación del Sagrado Corazón de Jesús embarcaron el 14 de abril de 1883 en Morgan City, Louisiana, rumbo al puerto de Veracruz, inspiradas por el espíritu educador de Santa Magdalena Sofía. Al llegar a México se alojaron en la calle de Plateros núm. 10 (Madero), en casa de las señoritas Andrade, quienes dirigían un colegio para niñas. Al principio se pensó en un trabajo de colaboración y posteriormente vieron la conveniencia de establecer su propio colegio. El 1 de agosto de 1883 se trasladaron al antiguo convento de las Hermanas de la Caridad, en el edificio situado en la calle de Villamil, y a finales del mes recibieron a las primeras alumnas. Durante ese año nuevas religiosas se unieron a las fundadoras. En 1946 se construyó el colegio de la calle de Plateros en la colonia San José Insurgentes y a partir de 1968 se trasladaron al edificio ubicado en Camino a Santa Teresa núm. 950.

Enrique volvió a quedar en silencio. Por lo visto la cercanía de la finca iba corriendo en su magín un tupido velo gris, capaz de sumirlo en las hondas perplejidades del aburrimiento.

Iba a sonreír, ante las reflexiones de la ingenua, cuando le asaltó un nuevo temor, y, fijando sus ojos claros, sus ojos verdes y profundos como un estilete florentino, en los ojos negros de su amiga, dijo lentamente:

—Mi situación, Margarita, es muy comprometida. Eres una chica juiciosa, bien educada, y no he dudado, por lo mismo, de traerte conmigo. Además, tengo debilidad por ti... Desde que bailé por primera vez un *fox* acariciando tu espalda desnuda, sentí algo así como...

—¿Amor? —interrumpió sonriente la ingenua.

—¡Oh, no! ¿Me crees con tan mal gusto, vidita? Amor, no. Pero sí una atracción, una verdadera simpatía. De otra manera puedes creer que nunca hubiese dado este paso tan peligroso, que, dicho sea sin ambages, puede hacerme perder toda mi fortuna.

Margarita volvió a sonreír. Y arreglando su peinado, revuelto por las ráfagas que se colaban por la ventanilla, insinuó:

—¡No exageres, encanto mío!... No puedo creer que peligre tu fortuna por el simple hecho de llegar a tu hacienda acompañado de una mujer a la moda.

—Sí, Margarita, sí. Ya te dije —continuó Enrique— que mis bienes personales no significan nada, no valen nada, porque están comidos con hipotecas. Mi prosperidad futura depende de mi tío Antonio, un buen viejo chapado a la antigua, muy inteligente y gran moralista, que maneja mis intereses por compasión. Si descubriera que yo, un joven educado en los más sanos principios, era capaz de llegar hasta su casa con una... bueno, con una mujercita tan encantadora como tú, engañándolo sutilmente, entonces no dejaría en su testamento ni el más leve recuerdo para mí... ¡Y es millonario, encanto mío! ¡Es millonario!

Enrique entrecerró sus párpados al repetir esa frase alucinante y dorada. Quizá pasó por su cerebro, en una rápida evocación, toda la vida fácil y amable que le brindaba el futuro. Y por ello

volvió a repetir, con la voz temblorosa, en tanto que atraía hasta su pecho las dos manos pequeñas y regordetas:

—Hijita, pórtate bien. Debes ser una verdadera muchacha recién salida del Sagrado Corazón.

Margarita no contestó. Apenas retiró sus manos. Dejó, entonces, escapar un poco a la loca de la casa, que parecía florecer gracias a la extraña aventura. Guardó un silencio profundo, pensando que Enrique no era, a la postre, más que un buen “amigo”, frívolo, egoísta y desprovisto, como la mayoría de los muchachos de su tiempo, de todo impulso romántico. Y ella, la pobre Márgara, que rodara tanto por los *cabarets*, era en el fondo una buena chica, tan buena y tan sencilla que solía conmovirse, en la soledad de su alcoba, después de alguna juerga oscura, con el libro dulzón e inmortal de Jorge Isaacs.⁶ Ciertamente que nunca declaró, ante el grupo abigarrado de sus amigos, estas pequeñeces sentimentales, quizá porque un pudor oculto, un pudor más femenino y más delicado que su propio impudor carnal, le vedaba estas escabrosas confidencias. Sólo una vez, después de una borrachera estúpida, cometió ese pecado con un joven melencólico que, junto a ella, masticaba versos. Y aún recordaba, con verdadero rubor, las carcajadas de aquel señor poeta. Después la vida la empujó por muchos rumbos diversos y esa sensibilidad llegó a endurecerla hasta asegurarse de que “eso” había muerto por completo. Era ya tan frívola como sus amigos y hasta aquel libro único, que tantas veces ocultara temerosa en su ropero, había sido sustituido por las novelas de Álvaro Retana.⁷ Y así, literariamente, sabía ya de todos los refinamientos y hasta llegó a encontrar la razón moral de su vida enfangada. Pero los campos —esos campos indiferentes que, en verdad, no la atraían— y la proximidad de la aventura, la conmovieron un poco, levantando ligeramente la costra que oprimía a su espíritu. Pensó en una vida sencilla, en cualquier hacienda, o rancho, o caserío, enamorada de un hombre

⁶ Alusión a *María* (1867), novela romántica del colombiano Jorge Isaacs (1837-1895) que, a pesar de su sostenida popularidad, fue despreciada un tiempo por la crítica especializada. A partir de la novela romántica francesa, particularmente la narrativa de Alphonse de Lamartine (1790-1869) y François-René, vizconde de Chateaubriand (1768-1848), Isaacs sitúa la trama de *María* en la selva y la sociedad colombiana.

⁷ Decadente español, Álvaro Retana (1890-1970) fue un autor vivaz y una personalidad polifacética que trabajó en el periodismo, el diseño de modas y la introducción del jazz en España. Rodeado de escándalos literarios, su obra trata temas estigmatizados socialmente en su época: drogas y homosexualidad, entre otros asuntos con los que retrata de manera irónica a la sociedad española.

bueno... Y tuvo que reírse ante la cruda realidad: su vida y su hombre, aquel Enrique...

—Dentro de cinco minutos llegaremos a San Francisco...

El conductor, ofreciendo otro traguito, había llegado servicial y atento hasta Mágina. Enrique dio las gracias, rehusando el trago, y se apresuró a recoger los paquetes y los velices. Charlaba, entretanto, con el conductor de ese tren mixto, donde todo se hacía en familia, alejados de formulismos y fastidiosas prácticas ferrocarrileras.

Y poco después el convoy deteníase en una humilde estación formada por un viejo carro expés. A lo lejos distinguió Mágina un grupo de personas y, de pronto, arreglose su falda y adoptó un aire señorial, lo más delicado que pudo imaginar.

Bajaron. Enrique separose de ella y fue hasta el grupo, repartiendo abrazos. Ella no supo qué hacer. Permaneció con la sombrilla en la mano, con la vista fija en aquel furgón convertido en casa... De pronto tuvo que volver el rostro. Enrique decía, con voz fuerte:

—Gonzalo, tengo el gusto de presentarte a Margarita Sáenz de Tagle, mi prima.

Y Mágina, sin saber lo que hacía, estrechó una mano grande y sólo pudo balbucir:

—Tanto gusto...

II

DONDE APARECE, COMO EN TODAS LAS NOVELAS, EL HOMBRE BUENO

Gonzalo Castillo era uno de esos muchachos que nos devuelven, después de cuatro o cinco años de lucha intensa, los Estados Unidos. Es decir, un ciudadano mexicano con alma yanqui, con un complejo espiritual distinto al de su raza, aun cuando en varias modalidades exteriores o sentimentales fuese un verdadero hijo de Jalisco. Nunca ha sabido el que esto escribe —ni piensa saberlo nunca— por qué los

Estados Unidos tienen, sobre todos los pueblos del mundo, el raro privilegio de absorber los espíritus, de modificar rápidamente el almario de todos los emigrantes que llegan, con los ojos abiertos por el asombro, a sus ciudades babilónicas. Lo cierto es que la metáfora orgullosa y altiva con que los yanquis designan a la ciudad fenómeno es una clara muestra de lo que vamos diciendo: *Melting Pot*,⁸ el crisol de las razas, llaman enfáticamente a la metrópoli del Hudson, hervidero de todas las civilizaciones, torre de Babel moderna que funde en un santiamén a los turcos con los griegos, a los italianos con los persas, a los argentinos con los mexicanos hasta crear un solo espécimen típico, ejemplo quizá —como diría Julio Camba— de la nueva humanidad mecánica: el AMERICANO.

Gonzalo Castillo no conocía Nueva York. Claro es que en Guadalajara, a la hora amable del *vermouth*, contaba a sus cándidos amigos funambulescas aventuras en Brooklyn y conquistas tremendas en pleno Broadway. A veces llegó a creer él mismo que había estado en Nueva York y hubo de aprenderse, gracias a un *Baedeker*,⁹ toda la extraña topografía de aquella ciudad. Con los ojos cerrados sabía que la calle 88 desembocaba en Broadway y que el Parque Central es único en su género; mas, en realidad, nunca pasó de San Antonio, hasta donde lo empujaron nuestras revoluciones, así como el afán oculto de aventura que llevaba por dentro. Sólo que al llegar a esa ciudad de Texas halló su escarcela vacía y hubo de plantar su tienda, con mucho pesar, en una casucha de huéspedes de Matamoros Street...

Principió con el clásico menester de todos los emigrantes: de lavaplatos en un restaurante —mejor dicho café— administrado por varios griegos americanizados. Era el café de moda, quizá porque toda su clientela hacía lenguas de la corrección europea de los propietarios y de los mozos, un poco menos rudos que los propietarios y mozos de la mayoría de los cafés. Sin embargo, esa corrección era

⁸ Apelativo de la zona de Nueva York donde residían los inmigrantes recién desembarcados, el Lower East Side (bajo este) de la isla de Manhattan. Aún se concentran allí un gran número de nacionalidades y lenguas —cerca de cien nacionalidades y ciento cincuenta lenguas. Véase la página de la ciudad: <http://www.nyc.gov/portal/site/nycgov/?front_door=true>, consulta: [12 de junio de 2009].

⁹ La compañía fundada en Alemania por Karl Baedeker (1801-1859) cobró fama internacional por sus guías turísticas. Éstas describían con precisión calles e incluso recomendaban hoteles, sitios de interés y restaurantes de las principales ciudades alemanas y europeas. La calidad y renombre de sus guías llevaría después a que toda guía turística, editada o no por su empresa, fuera llamada así.

casi metafísica en la cocina. Diríase que los exquisitos *waiters*, tan pronto como trasponían las puertas del servicio cambiaban de cara y de espíritu por arte de encantamiento. Afuera sonreían melosamente, contoneando su cuerpo con delicadezas de zíngaro. Por dentro eran unos rudos aventureros, venidos de Creta o de Esmirna, que injuriaban groseramente a los pinches de cocina y a los dos o tres infatigables lavaplatos. Gonzalo Castillo soportó durante dos meses a todos aquellos griegos que nada tenían que ver, por cierto, con los armoniosos atenienses de que nos habla Herodoto.

De allí brincó a una tienda de ropa en calidad de hortera único. Su patrón, un judío de alma y de raza, le tomó algún afecto, que nunca se tradujo en aumentos de jornal, pero que le permitió conocer el secreto de las “rabiosas baratas”, de las transformaciones miliunanochescas de blusas de henequén de un dólar cincuenta en “creaciones parisienses” de siete dólares veinticinco. Adquirió, también, una suave manera en el decir, una exquisita forma para hablar a las personas. Hacíase simpático, sin olvidar, por supuesto, “su negocio”, o lo que es lo mismo, sin perder de vista resultados ventajosos. Allí principió Gonzalo Castillo a despojarse de su psicología mexicana, convirtiéndose poco a poco en un “hombre de negocios”, sinónimo exacto de ciudadano de los Estados Unidos de América.

Su dueño —Abraham Levy and Company— decíale en ciertas ocasiones, frotándose las manos:

—*Vor got seik*, mi querido amigo, dentro de poco sabrás vender mejor que yo. Tienes un admirable espíritu comercial.

Gonzalo Castillo, para demostrar sus conocimientos, no desaprovechaba entonces la oportunidad.

—Muchas gracias, *mister* Levy; pero supongo que mis aptitudes no van de acuerdo con el salario... Diez dólares a la semana son muy poca cosa para un “vendedor” como yo...

Abraham entornaba sus pequeños párpados y hacía una mueca que quería ser sonrisa. Alejábase paso a pasito, deslizando los pies por el sucio entarimado, mascullando entre dientes:

—Un poco de calma, hijo. Deja que mejore el negocio.

Y como el negocio nunca mejoró, Gonzalo Castillo buscóse otro empleo más lucrativo, sin que

el bueno de Abraham se enterase de ello. Recorrió los grandes almacenes de ropa —Halff Brothers, Wolff and Marx —asegurando a todos los *managers* que era un buen vendedor de blusas de seda, medias de algodón y ropa interior de señoras. Pero siempre obtenía la misma respuesta: “Vuelva a vernos, porque tenemos cubiertas todas las plazas”.

Hubo momentos en que sintió que la derrota lo oprimía completamente, sumiéndolo en la tenducha de Abraham Levy and Company. Toda su vida, repleta de ambiciones, acelerada por la civilización yanqui, iba a consumirse entre piezas de tafeta, discutiendo a cada minuto con negros, mexicanos y empleadillas rubias...

Por las noches, después de sus búsquedas infructuosas, recorría Houston Street —la única calle *fashionable* de San Antonio —poniendo en los escaparates, en las mujeres y en los anuncios, un poco de olvido, y acababa siempre por entrar en algún cine barato, donde soñaba con riquezas y refinamientos, a través de las películas rastacueras de Cecil B. de Mille.¹⁰

Solamente los sábados —día de paga y de desvelo forzoso— Gonzalo Castillo asomábase a la vida fácil y matizada por uno que otro placer intenso. Su exigua paga no le permitía ni escarceos con Venus ni añoranzas de Prócuro, mas nunca faltó algún amigo recién llegado de la patria, con la cartera suficientemente rolliza para recorrer los barrios sórdidos de San Antonio, donde suele esconderse el amor. Monterrey Street, una calle oscura y fangosa, poseía amables restaurantes de madera con doradas habitaciones, llenas de grandes espejos, de muebles caros y bibelots de mal gusto. (Esos bibelots eran pobres muchachas de Texas con rudezas de *cowboy*.)

Una noche nuestro héroe, en compañía de un viejo amigo de San Pedro Tlaquepaque, ex revolucionario y ex pobre, ejercía el oficio discreto de cicerone en cierta casucha de mala muerte que mostraba, en su *verandah* de madera podrida, este rótulo cacarizo: “Lee Caffé”.

¹⁰ Cecil Blount de Mille (1881-1959). Director de cine estadounidense, uno de los más importantes de la primera mitad del siglo XX. Sus películas eran, generalmente, comedias con cierta carga sexual, pues él mismo decía que fuera del sexo y el dinero, nada le interesa al estadounidense. Sus películas más famosas son *Rey de reyes* (1927) y *Los diez mandamientos* (1956), su última película. Véase su página: <<http://www.cecilbdemille.com/>>.

Cerca de él había una hembra morena, vestida de rojo y con los labios y los carrillos pintarrajeados. Hablaba de México con grandes demostraciones de afecto:

—¡Cuánto daría por encontrarme en México! —vociferaba entre sorbos de *whiskey*—. Este país me molesta, porque sus hombres no valen ni diez centavos...

Y con una chispa en los ojos, concluía:

—¡Los mexicanitos lindos!...

El ex revolucionario, hombre de edad y de carnes, agradecía galantemente las efusiones pro-México, obsequiando uno que otro *greenback*. Castillo reía gozoso explicándose la razón de aquella sinrazón en boca de una texana, y casi, casi estuvo tentado a seguir el mismo camino. ¡Con un *greenback* se podían hacer tantas cosas!...

La juerga siguió por toda la noche, sin que dejara de funcionar el piano automático. Cada pieza valía exactamente 25 centavos, los cuales se colocaban en una ranura que mostraba este rotulito en inglés: “Ponga aquí una peseta”.

Castillo, con el cerebro lúcido por el *whiskey*, llegó a pensar en que el rotulito era casi un emblema. “Ponga el dinero aquí”, frase consagrada en todas partes... La única frase célebre que había conocido durante sus meses de vida yanqui.

El ex revolucionario estaba completamente ebrio y completamente feliz. La muchacha de los *greenbacks* procedió a contarle su romántica historia y el obeso ciudadano de San Pedro Tlaquepaque hubo de conmovirse de una formidable manera.

—Oye, manito —dijo de pronto—, esta ciudad me está “cuadrando” mucho. Yo no puedo volver a México, porque “me quebraría” el gobierno y como traigo plata suficiente, quiero emprender un negocio... Ayúdame.

A Gonzalo Castillo le dio vueltas el cuarto y, como por ensalmo, desapareció la excitación alcohólica. Aparentando una perfecta tranquilidad, murmuró:

—Un amigo mío tiene un bonito negocio. El X and W, rancho cercano a San Antonio, se vende

en cualquier cosa... Un rancho que vale más de 100 000 dólares, lo regalan en 32 000...

El ex pobre gritó, fijando sus ojillos inyectados en la texana:

—¡Lo compro!... ¡Mañana lo compramos!

En realidad Gonzalo Castillo sospechó que a la mañana siguiente el proyecto no existiría, pero una oculta esperanza lo mantuvo toda la noche en una tremenda excitación.

Y así fue como, ¡oh casualidades de novela entrometidas en la vida!, don Francisco Reynoso, natural de San Pedro Tlaquepaque, adquirió varios días después el X and W Ranch, en la cantidad de 29 550 dólares, pagados al rabioso contado. Y así fue, también, como don Gonzalo Castillo volvió socio industrial del mismo negocio.

Al cabo de cuatro años de vida campestre sazónada por una que otra expedición galante a la ciudad del Álamo, Gonzalo Castillo salió de “bruja”: su participación ascendía a varios miles de dólares y entonces decidió volver al terruño.

La obsesión que lo perseguía ahora tenía sus ribetes de vanidad: soñaba despierto, regocijándose de antemano, con el regreso triunfal. Veíase rodeado de antiguos amigos en las cantinas de la ciudad blanca, narrando entre copa y copa su aventura. ¡Y buen cuidado tendría de restregarles su dinero en los ojos!...

Exactamente como lo imaginó hubo de acontecer. Su retorno causó una relativa sensación y hasta hubo muchacho sin experiencia que abandonara el hogar paterno, influido por las cálidas descripciones y los triunfos dorados de Gonzalo Castillo.

Luego pensó “manejar sus pesitos”. Y después de mucho discutir tomó una hipoteca sobre la hacienda de San Francisco, propiedad de un joven “fifí” que pasaba la vida en México gastando lo que no tenía. Y Gonzalo Castillo aprovechó muy bien sus terribles conocimientos adquiridos con Abraham Levy and Company: fuese a la hacienda y trocose en mediero de sus propios bienes, ya que, en el fondo, estaba completamente seguro de que nunca pagaría el “fifí” los réditos y el capital de esos dólares que olían, por su origen, a Monterrey Street...

Éste fue el hombre de mano grande a quien Márgara dijera, bajando los ojos mientras se auroleaban sus mejillas:

—Tanto gusto...

III

DONDE APARECE LA GRANDE ILUSIÓN

Iban rumbo al potrero de las Ánimas para asistir a la “rejunta”. Matías, el caporal, habíase adelantado con su caballo pinto, tan flaco y mal comido, en apariencia, como su dueño; caballo y dueño que durante quince horas diarias recorrían la inmensa heredad cubierta de espigas maduras.

Don Antonio, el patriarca, iba en su caballo retinto, alto y ancho del pecho, de ancas poderosas y cola ondulante. El Sultán se llamaba y en la hacienda era verdaderamente un sultán, potente y magnífico, para todas las yeguas que bajaran del cerro azuzadas por los gritos de Matías y sus muchachos.

—Mira, hija, aquel árbol sostuvo a más de siete pobres campesinos, ahorcados por el “Chivo Encantado”...

Márgara volvió el rostro asustada y, al mirar el sombrío follaje del corpulento álamo, no pudo evitar un gesto de temor.

Enseguida, con todo respeto, hizo la señal de la cruz.

—Eres tan buena, Margarita, que siempre estás pensando en las cosas de Dios... ¡Cuánto hubiera dado por una hija como tú!

Margarita agradeció, con una sonrisa blanca, las frases del buen viejo. Siguieron los dos por el camino interminable, manchado a veces con charcos negruzcos. Callaban, el uno pensando en los

pequeños problemas de la “rejunta” y la otra... ¡Bah —se decía Margarita— con qué facilidad me he transformado en una joven del Sagrado Corazón!...

Y al sentir la inmensa paz del campo volvió los ojos al buen viejo, a ese sano y robusto don Antonio, un verdadero patriarca a quien lograra arrancar su afecto sincero con sólo mes y medio de permanencia en San Francisco.

—Gonzalo nos espera en el potrero... Es un muchacho inteligente que no descansa ni de día ni de noche vigilando los intereses de la hacienda, con más devoción que los suyos propios... ¡La educación gringa!... Algo hubiera dado por conocer a los Estados Unidos en mi juventud.

Don Antonio calló súbitamente, atisbado por Márgara que no perdía un solo gesto del buen viejo. El Sultán caracoleó intranquilo.

—¡Sultán... quieto!

Y dos latigazos cruzaron rápidos las ancas del bruto. Se revolvió, tascando el freno, hasta quedar nuevamente apacible. A lo lejos una bandada de cuervos, como una línea negruzca trazada sobre el crepúsculo, volaba hacia los trigales. Margarita se atrevió a decir:

—Creo que llegaremos tarde, don Antonio. La noche no dilata y sería preferible, salvo su opinión, que regresáramos a casa. Además es muy difícil que el señor Castillo nos aguarde hasta la noche.

—No, Márgara. Necesitamos llegar al potrero “a fuerzas”. Ayer faltaron dos bueyes y no sería difícil que hoy no aparezcan varios novillos. Matías no se “da abasto” para la “rejunta”.

La ingenua no dijo más, porque aquel viejo tan bueno le imponía un tremendo respeto. Quién sabe por qué cruzó su cerebro una idea rápida. ¿Y si este don Antonio “supiera”?... Tuvo un instante de miedo, del miedo impreciso y fuerte que a veces llega como un fantasma. Tembló, afianzándose a las crines de su cabalgadura.

La noche iba borrando poco a poco el paisaje, surgiendo varias estrellas. Allá, la Polar... luego, Aldebarán.

Y súbitamente, sin saber por qué, Margarita quiso hacer la gran confidencia:

—Señor don Antonio, yo quisiera decirle una cosa, pero... no me sale con palabras. He sentido por usted un respeto filial, y no está bueno que algún día...

—...¿que algún día dejara de quererte como a una hija? —interrumpió el viejo—. Nunca sucederá eso, mi querida Márgara, precisamente por algo que tú no sabes... Sólo tuve una hija, tan hermosa como tú, pero que en el fondo estaba llena de gusanos. No he vuelto a saber de ella... ¡ni quiero saberlo!

Margarita temblaba como las hojas de los árboles a la caricia del viento. Con el corazón en un puño, decidida a todo, insinuó:

—No hable de eso, don Antonio. Déjeme continuar... No quisiera que algún día...

El viejo la interrumpió con fuerza:

—¡No, señorita! Yo te querré siempre. Sólo a las mujeres sin honra puedo repudiarlas... aborrecerlas...

Y Margarita sintió que las fuerzas le faltaban para hacer una confesión de todas sus culpas. Momentos antes iba decidida a abrir su corazón ante los ojos grises de aquel buen viejo, tan bondadoso y noble, pero ahora comprendía lo irreparable de su vida. Nadie en el mundo podría perdonarla, con el gesto tranquilo de un Nazareno, aun cuando sintiese un nuevo afán surgiendo del fondo oscuro de su espíritu. Estaba lejos de la sociedad, apartada del mundo de los buenos, para siempre... ¡Para siempre! Creyó ingenuamente que el viejo la perdonaría ofreciéndole un rincón en la hacienda, para vivir así dichosa y olvidada; pero tuvo que convencerse, de pronto, que el patriarca era como todos, inflexible, inexorable. Tan inflexible e inexorable como tantos hipócritas que desprecian a la misma mujer que han perdido.

Miró largamente los campos que se iban cubriendo con el velo de las luciérnagas. Los campos que habían puesto una loca esperanza de bondad en su espíritu oscuro. Y lloró mansamente sin ruido.

—¿Lloras? Eres tan buena, Márgara, que lloras por este pobre viejo... ¡No sabes cuánto te lo

agradezco!

Don Antonio sintió una bola en la garganta y se deslizaron por sus mejillas dos lagrimones, tan gruesos como los granizos de la sierra.

La emoción quedó destruida como por arte de encantamiento. Un jinete se acercaba a escape, envuelto ya por la noche que hacía imprecisa su silueta. Don Antonio adelantó el cuerpo para asaetear el camino con sus dos ojillos grises, pero tuvo que desistir de su empeño.

—Parece que viene Gonzalo...

No alcanzó Margarita a responder, porque el jinete crecía, crecía, viniendo hacia ellos como una exhalación. Lo tuvieron cerca, sin reconocerlo, porque caballo y jinete formaban una sola masa revuelta y trepidante.

—¡Gonzalo!...

Y una voz fresca gritó:

—¡Buen potro este Hilacho, don Antonio!...

Castillo estaba ya, sonriente, con el sombrero fieltro de *cowboy* en la diestra, junto a ellos. El Sultán revolvíase con impaciencia y hasta el manso potro de Margarita golpeaba el suelo con sus cuatro patas delgadas.

—¡Qué susto nos dio su merced, don Gonzalo!... Márgara y yo creíamos que venía huyendo de los bandidos o que lo iban a “venadear” en el potrero.

La calma renació y Gonzalo entró en una prolija explicación acerca de las cualidades de su nuevo potro, a quien dominaba con mano maestra. Sus largos años en Texas habíanle hecho un verdadero jinete, de esos que al brincar a la silla semejan estar fijos, formando un solo cuerpo con el bruto. Sus largas chaparreras de pelo blanco envolvían casi al potro y, en la imprecisa oscuridad de la noche, destacábase el rojo paliacate atado al cuello.

Margarita tuvo un momento de asombro y admiró ocultamente a ese gallardo jinete, tan distinto a los amigos pálidos y finos de México, aquellos buenos chicos capaces solamente de trepar a un

caballito de la Alameda... Y sonrió al imaginarse a Enrique a horcajadas de una cebra de palo en el *carrousel*...

—¿Ríe usted de mí, señorita? —preguntó Gonzalo Castillo.

—De ninguna manera, señor. No sé francamente por qué me reía... Era quizá del susto que nos dio.

Gonzalo colocó su cabalgadura a la vera del potro de Márgara y acercando el rostro, con una seguridad de hombre de mundo, musitó quedamente:

—Me alegro mucho... Y más todavía al verla siempre sonreír y nunca reír abiertamente, porque la risa constante en las mujeres viene a ser el silbato de alarma de su poco talento... si usted me permite hacer frases.

Don Antonio rio con fuerza, casi tan fuerte como un silbato de alarma... Gonzalo, entretanto, envolvía con una suave mirada a Margarita. Era el mismo “vendedor” de Abraham Levy and Company, incapaz de antipatizarle a un cliente: el mismo hombre insinuante de Monterrey Street con la *sans façon* necesaria para interesar a las mujeres.

Siguieron rumbo al potrero. Don Antonio adelantó al Sultán, quizá sin saber por qué, y Gonzalo Castillo trocose en un amable conversador a la vera de Márgara.

—Siento en el alma ser un rancharo, señorita —exclamaba con fingida sinceridad— porque usted ha de aburrirse con mi compañía. Pero nosotros, los que vivimos de la tierra, no hemos tenido tiempo de pulirnos, de aprender la ciencia de los salones...

Margarita no sabía qué decir. Su experiencia anterior hacía ver en aquel hombre uno de esos “chicos corridos” con quienes tropezaba tan a menudo. Su escasa experiencia de “prima de Enrique” la inclinaba, en cambio, a juzgarlo un poquito vulgar, pero inteligente, capaz de hacer feliz a cualquier mujer.

—Mis largos años de lucha en los Estados Unidos, mi vida miserable en Nueva York, mis vigiliias forzosas en Filadelfia, me han enfrentado con la realidad más dura. Y, ¡claro!, como yo nunca

me he divertido, no sé divertir a las señoritas delicadas como usted...

Margarita sintió una oculta molestia por las frases insinuantes de aquel hombre. Algo interior parecía decirle que aquello no era sincero, mas su absoluto desconocimiento de la vida nueva, la hizo titubear. ¿Cómo podía imaginarse cosas malas, ahora que se sentía tan buena?

Llegaron al potrero. Siluetas borrosas iban de un lado para el otro y hasta ellos llegaban los gritos lejanos de los vaqueros. Gonzalo, después de pedir gentilmente la venia, fuese al galope ordenando con voz fuerte y categórica.

Margarita quedó sola, al pie de un árbol frondoso. La luna, esa luna que tanto cantan los poetas de las ciudades sin conocerla desnuda, en la intimidad de los campos, fue elevándose como una enorme y luminosa tajada de melón.

Margarita diose a la voluptuosidad del sueño con los ojos abiertos y el romanticismo de su situación extraña se tradujo en la grande ilusión, la única que le había perseguido por todas sus andanzas, unas veces oculta y casi dormida, otras fuerte y dominadora: ¡Querer! Ésa era la grande ilusión. La pobrecita no sabía, más que por la novela de Jorge Isaacs, lo que esta palabra podía significar y, como una virgen anhelante por todos los misterios, temblaba por llegar a dominarla, por amasarla con su propio espíritu.

—Matías... faltan las reses del potrero Salado. Que vayan a traerlas luego...

La voz fuerte, varonil, llena de imposturas de macho, se clavó en sus oídos fijamente. Era Gonzalo, el jinete impávido, el hombre de lucha, rudo y gentil a la vez, humilde e imperioso. Márgara sintió una extraña sensación de angustia. Era algo nuevo, NUEVO, que iba por todas sus arterias hasta llegar al corazón palpitante. ¿Sería acaso eso “la grande ilusión”? Ella no lo sabía, pero sintió desfallecer y estuvo a punto de gritar, de pedir socorro, de...

—Margarita, hija, ¿te sientes enferma?...

La mano tranquila de don Antonio acariciaba sus carrillos ardientes. Márgara no pudo decir una palabra y sólo tomó la mano con un extraño fervor. Llevola a sus labios y musitó, tan suavemente como

una plegaria:

—No... estoy bien... me siento mejor que nunca.

Y por segunda vez en aquel día memorable sintió humedecerse sus grandes ojos negros.

IV

“SI TIENES UN HUECO EN TU VIDA, LLÉNALO DE AMOR”

Márgara tenía novio. Esta afirmación extraña solía clavarse en su cerebro con la fuerza penetrante de un berbiquí. En su regazo, cuidadosamente doblada, tenía la prueba absoluta. Una carta distinta a las que recibiera tan a menudo, escritas a la carrera por sus “amigos”, llenas de chistes gruesos, de frases torcidas, de faltas ortográficas... Ésta era una carta de amor, como nunca había soñado. Tan diáfana, tan sencilla, tan pasional...

Y en el rincón coqueto de su cuarto —anexo a la venerable alcoba de don Antonio— llevábase las manos al corazón apretando contra los senos temblorosos el papelillo. Luego, en más de veinte ocasiones, lo tomaba con los dos dedos, delicadamente, e iba desdoblándolo frente a los ávidos ojos.

Señorita:

La vida del campo nos hace extraordinariamente románticos, porque, alejados del mundo, vivimos sin más lazo con la vida que los libros y las puestas del sol.

No le extrañen, pues, estas líneas deshilvanadas que me dicta la única pasión de mi alma. Usted llegó, hace dos meses, con toda su pureza retratada en los ojos, sin pensar que era un peligro para estos pobres diablos que vivimos junto al potro y al lado del tragal. Y sin quererlo, sin desearlo siquiera, he caído en sus cándidas redes. La quiero a usted con toda mi alma y sólo aguardo, de su linda boca, una sola palabra para unir mi vida, mi hacienda y mi tristeza a su espléndida juventud. La iglesia del pueblo habría de ponerse de fiesta para recibirla a usted, vestida de blanco, como una virgen del cielo.

Gonzalo

La carta —dicho sea francamente— no era un modelo de epístolas amorosas. Un poco ramplona, con

esa tenue cursilería natural en los hombres que no tienen, por su desgracia, un roce intelectual continuado, pero Mágina no podía ver estas minucias cerebrales. Ante ella se mostraba, en todo su esplendor, una vida nueva... A menudo, venía a su cabeza la frase de un amigo: “las mujeres honradas no tienen historia...” Y su afán inmenso era, precisamente, trincar su fangoso romance en un capítulo final como el de los cuentos de hadas.

—Linda, ¿por qué estás tan triste?

Enrique, vestido con un traje de montar demasiado inglés, llegó fumando un *camel* de insoportable olor en aquella atmósfera tan higiénica. Sentose displicente en una butaca, golpeando con el fuetecillo en las botas federicas.

—¿Por qué no hablas, encanto mío? Esta vida tan pura te ha distanciado de mí. Sólo estás con mi respetable pariente, tomando lección de moral, o con ese *cowboy* que me está tomando el pelo con la cosecha. Ya descendí a la categoría de príncipe consorte.

Mágina no respondió. Odiaba a Enrique con toda su alma, porque era el recuerdo constante de su mala vida. Pero tenía un miedo horrible, espantoso... Con una sola palabra todo su porvenir vendría al suelo. Intentó una mueca que quiso ser sonrisa.

—No, Enriquito... Pero estás tan ocupado con tus “solitarios”, que no deseo molestarte. Te chocan los trigales...

Enrique rio de buena gana.

—¡Válgame Dios, cómo cambian los tiempos!... Todavía en el tren odiabas a esos mismos trigales y abrías cada minuto tu boquita con un aburrimiento anticipado. Ahora eres ya una ranchera...

Y una chispa de deseo pasó por sus ojos, al verla así, vestida, sencillamente, con los carrillos tan rojos como melocotones maduros, sin necesidad del *bilet*...

Acercó su silla junto a Mágina. Tomó una mano y la llevó a sus labios, pálidos y sensuales como los del abate Casanova...

—¡No!... ¡aquí no!... Podrían vernos...

Enrique, al notar la repugnancia de Márgara, no insistió. Hasta retiróse galantemente, con una sonrisa irónica.

—No insisto, reina mía, porque las mujeres como tú no merecen un esfuerzo pasional... Soy un poquillo orgulloso para rogarte de rodillas que me ames... ¡Bah!

Ligeramente pálido, pero con una perfecta cortesanía, fuese hasta la puerta. Nunca tuvo mucho empeño en obligar a las mujeres a que aceptaran su amor, quizá porque todas las que quiso lo tomaron sin grandes objeciones. Era un poco refinado en estas cosas y no concebía las escenas vulgares. Pero esa Márgara, ¿por qué habría cambiado tanto?

Márgara —¡al fin mujer!— sintió el latigazo en el rostro y “se dolió al castigo”, como solía decir en términos taurómacos el mismo Enrique.

—No te vayas. No he querido molestarte. Sólo que aquí no... Podrían vernos y entonces, tus negocios...

Esta llamada oportuna —las mujeres son Maquiavelos por intuición— calmó el disgusto de Enrique. Dio una chupada al cigarro y alzando los hombros, fuese murmurando:

—¡Pst!... Ese Gonzalo me resultó una fiera... ¡Los negocios están de todos los diablos!

Márgara sintió una gran tranquilidad al salir Enrique. ¡Estaba tan bien sin su presencia! Y como todas las tardes, fue hasta la enorme ventana, ferrada en tiempos coloniales por algún audaz aventurero que plantara su tienda en la Nueva Galicia.¹¹

En el poyo, con un bordado en las manos —había ya vuelto a recordar sus lejanos días de escuela— diose a mirar el patio inmenso de la hacienda. Allí, cerca de la fuente central, una vaca lamía a su becerro con movimientos isócronos, a la manera de las vaquitas de cartón que mueven la cabeza sin descanso, impulsadas por manos infantiles. Como una voz doliente clavándose en el corazón de la tarde, mugían los toros de la dehesa, uno después de otro, con largos silencios oscuros y no había, en

¹¹ Reino considerado independiente de la Nueva España, fundado por Nuño de Guzmán en el siglo XVI. Con Guadalajara como capital, su territorio correspondía a los actuales estados de Nayarit, Jalisco, Colima, Aguascalientes y algunas zonas de Zacatecas, San Luis Potosí y Durango. Fue el primer reino con un obispado independiente de la capital novohispana.

toda la grande extensión, más señal turbulenta que los esfuerzos del gallo persiguiendo, con grave deseo, a inquietas mujercitas.

¿Cómo es posible —decíase Margarita en voz baja, temerosa de su propio pensamiento— cómo es posible este cambio radical? Una mano oculta modeló un nuevo espíritu dentro de su cuerpo, de tal manera que hasta la menor idea, hasta la volición más insignificante, eran opuestos, distintos, antípodas de las ideas y voliciones de antaño.

Y repitió, quedamente, las palabras leídas en un libro de don Antonio: “Si tienes un hueco en tu vida, llénalo de amor”. Era quizá el secreto de su extraña conducta, de aquella grande ilusión que había cambiado el alma de todas las cosas, como si el mundo fuese un mundo nuevo.

—Margarita...

Bajo la ventana ferrada y colonial, erguido y gallardo, con el gran sombrero y las chaparreras blancas, Castillo llamaba a su novia.

—Márgara, vida mía. ¡Al fin he podido dejar los potreros para venir a verte!... ¡Estas cuantas horas me han parecido siglos!...

Y principió entonces la eterna charla de dos novios, esas pláticas sentimentales que tan bien supo describir el señor Ortega y Frías¹² en sus novelas. Frases llenas de dulce, de miradas lánguidas y manufacturadas en los lugares comunes amatorios repetidos desde el tiempo de Adán, y que, no obstante, nos parecen siempre frases nuevas.

Lo único cierto es que Márgara estuvo durante una hora llena de una profunda felicidad. La noche prestó un hechizo romántico a la escena de los que “pelan la pava” a la luz de la señorita Luna. Y, rodeada por un silencio momentáneo, Márgara tuvo que decirse, en voz alta, a sí misma:

—¡Me siento tan feliz!...

Gonzalo no quiso subrayar la frase, mejor dicho, no se atrevió a ponerle “un subrayado color de

¹² Ramón Ortega y Frías (1825-1883), escritor español de novelas de folletín. Publicó alrededor de ciento cincuenta novelas, de escaso valor literario. En su obra se aprecia la literatura gótica y la romántica. Noriega Hope lo menciona irónicamente.

rosa”... Apenas tomó entre sus manos fuertes la pequeñita diestra de Mágina, y la oprimió largamente, delicadamente.

Mágina comprendió que su grande ilusión se había realizado. Y creyose henchida de amor divino en todos los huecos de su espíritu.

V

DONDE SE VERÁ QUE LA VENGANZA ES UN PLACER MUY RESPETABLE

El mariachi no tenía un momento de reposo. Tragos de tequila inyectaban energía a los músicos jaliscienses, oscuros maestros cantores que llevan, entre los repliegues del jorongo, toda el alma de su pueblo. El maistro no dejaba de rascar una guitarra sucia, ennegrecida, algo así como un bizarro estradivarius. Las chinas respunteaban un jarabe con el mismo clasicismo de los buenos tiempos de Cabeza de Vaca, señor capitán de ladrones radicado en Nueva Galicia, y más lejos, el grupo de los “amos” libaba sus vasos de tequila, previamente adicionados con sangre.

Era la fiesta ritual de la trilla, el desenfreno que sigue a los días de trabajo rudo, a las veladas interminables al pie de la monstruosa trilladora, a los horribles temores despertados por cualquier nubarrón, heraldo de la lluvia tempranera, enemiga de las doradas mieses.

Gonzalo estaba loco de júbilo, porque en las bodegas se amontonaban cientos y cientos de cargas de trigo listas para exportarse a toda la República. En aquel año de gracia las cosechas resultaron magníficas ya que ni los cuervos, ni las urracas, ni el granizo, ni la lluvia habían malogrado las lozanas espigas de la hacienda.

Frente a frente hallábanse Gonzalo y Enrique, el uno hablando a borbotones de sus aventuras en “Filadelfia, Chicago y Nueva York”; el otro cejijunto y trágico, con la envidia royéndole el alma al ver

que todos aquellos tesoros eran fruto generoso de sus tierras, de las tierras de sus padres que su incuria y su pereza abandonaron en manos ajenas. ¡Muchos miles de pesos que irían a llenar las bolsas de aquel *cowboy*!

—Convéznase, Enrique. Yo he podido lograr esta cosecha gracias a mis energías, a mis esfuerzos... No en balde luché tanto en la inmensa Nueva York.

Y con los humos del tequila en la cabeza dábbase a un elogio desmedido de su propia persona, sin reparar que todas esas autoalabanzas iban clavándose, como puñales, en el vecino silencioso.

—Ahora sí que voy a realizar mi sueño dorado. Dentro de dos meses me caso... sí, me caso. Directamente voy a encargarme el más lindo traje de novia que tengan en los almacenes neoyorquinos. También encargaré los muebles: sillones Morris, *rocking chairs* magníficas... lo mejor que haya, aunque me cueste mucho dinero.

Enrique no sabía nada de aquel noviazgo, porque rara vez tratara a Castillo en la hacienda. Esperaba solamente la cosecha para tomar su exigua parte, ya que, después de mucho pensarlo, hubo de juzgar estúpido abandonar sus ganancias a cuenta de las hipotecas. ¿Y quién sería la novia de ese hombre fatuo y aborrecido? Seguramente una ranchera ignorante y poco civilizada. Y no pudo evitar una pregunta irónica:

—¿Puede saberse, mi querido amigo, el nombre de la distinguida señorita su novia?

Gonzalo sonrió con malicia, y, previo un trago de tequila, se dispuso a responder. Lo pensó mucho, no obstante los humos alcohólicos.

—Ya lo sabrá, don Enrique, ya lo sabrá... Tendré el gusto de que usted sea mi padrino.

El mariachi inició una de sus canciones. Cada estrofa iba temblando roncamente en las guitarras para libertarse después, atravesando la noche como un lamento:

Margarita, Margarita
del pelito carrujado,
ven a darme un besito...

quítame lo enamorado.
Desde aquí te estoy mirando
cara a cara, frente a frente,
y no eres para decirme
¡mi prietito, vente... vente!

Gonzalo Castillo era todo oídos. La imagen de su novia brincaba allí, de pronto, vestida de charra, como la Margarita de la dulce canción. Dio otro trago, con las manos un poco temblorosas.

Desde aquí te estoy mirando
sentadita en tu ventana
tan bonitos ojos tienes
lucero de la mañana...

No pudo contenerse Gonzalo Castillo, después de escuchar las últimas notas del mariachi, y con el alma en los labios, tomando del brazo a Enrique, musitó:

—Ella... Margarita. Ésa es mi novia... Su prima...

Enrique quedó mudo por el asombro. Primero juzgó todo como una broma de mal género, pero muy pronto hubo de rectificar, al ver la inmensa emoción que brillaba, como dos luciérnagas, en los ojos del rancharo. Y entonces sintió una inmensa, una salvaje alegría. Modulando cada palabra, con una lenta entonación, fue dejándolas caer como golpes continuados de mazo:

—Amigo Castillo: es muy grave lo que voy a decirle y no sé, francamente, por dónde debo principiar. Me veo precisado a quitar una venda de sus ojos, aun cuando ello le cause un formidable dolor...

Castillo no comprendió: no podía comprender todavía.

—Margarita, amigo Castillo, no es en realidad mi pariente. Margarita no es una mujer honrada...

Gonzalo Castillo dio un tremendo manotazo en la mesa. Las botellas del tequila cayeron al suelo, quebrándose ante la expectación de los vaqueros. Y tomando a Enrique por la corbata, dio un tirón, escupiendo casi una sarta de palabras incoherentes. Enrique, un poco pálido, protestaba al

sentirse vencido por los formidables bíceps:

—¡Serénese y escúcheme!... ¡Por Dios, tenga calma!

Gonzalo no soltaba la corbata. Con los ojos inyectados a un palmo de los ojos atónitos de Enrique iba vomitando todo género de injurias:

—¡Canalla!... ¡Hijo de...!

El caporal Matías salió de su mutismo para separar a los dos patronos. Obligó a Gonzalo a soltar la corbata de Enrique, quien respiró con fuerza, porque la asfixia había comenzado a llegar. Y súbitamente repuesto, jugando el todo por el todo, afirmó:

—Señor Castillo. Ni soy canalla ni merezco ese trato de usted. Quise hacerle un servicio. Veo que es usted demasiado impulsivo para poder apreciarlo. ¡Haga lo que quiera!

Y se dispuso a marcharse, pero la mano de su acreedor cayó, como una garra, sobre el hombro.

—Ahora me cuenta todo lo que sepa, pero, ¡ay de usted si me dice mentiras!

Y dominando su cólera, volvióse a los vaqueros, a las chinas y al mariachi.

—Déjennos solos, muchachos. Lárguense con la música a otra parte.

La fiesta se deshizo por ensalmo. Primero las mujeres, luego los hombres y por último los músicos salieron por el portalón de la troje. En el patio quedaron solos, frente a frente, los dos patronos, hablando en voz baja, perfectamente tranquilos, como dos hombres que se temen y que se odian.

Al cabo de media hora, ambos levantáronse de la mesa. Gonzalo Castillo fue el primero en alargar su diestra:

—Le agradezco a usted, ahora que estoy tranquilo, todas esas noticias. Ciertamente que me ha derrumbado un porvenir; pero más vale que así sea... ¡Hasta parece que sólo he tomado agua, madre de Dios!

Enrique estrechó la mano vigorosamente:

—Ahora que lo sabe todo, no vaya a cometer alguna tontería. Mágina es una pobre chica inteligente que vio el cielo abierto al ofrecerle usted un porvenir y todo esto no ha sido, de su parte,

más que una comedia. No merece más que un poco de lástima y un mucho de olvido.

Gonzalo tuvo un momento de reflexión. La idea generosa pasó por su cerebro como una saeta. ¿Y si Margarita lo quería realmente? ¿No podía acaso formar un hogar tranquilo, sin que él volviese la vista hacia atrás?... Después de todo, ¡qué diablos!, el futuro hay que vivirlo sin tener entre los dedos el pasado.

Pero no. “Una ficha” de esa especie no valía tanto sacrificio. Esos quijotismos quedaban para los muchachos románticos que no conocen la vida. Para él las mujeres que han dado un mal paso no merecían más que su dinero y desprecio. Un “toma y daca” perfectamente comercial.

—Lo único deplorable, mi querido amigo, es que usted haya sido tan vilmente engañado por una señora que yo traje aquí en calidad de amante a plazo fijo —murmuró Enrique, con una pérfida entonación.

Sintió el otro una cólera brutal que le mordía las entrañas. ¡Valiente papelito el suyo! Engañado por una “grulla baleada”... ¡Vaya con la Margarita sentimental!

Y sonriendo feamente, en tanto que se arriscaba el texano, hubo de decir:

—Me las pagará todas juntas... ¡De mí no se burla nadie!

Sin despedirse siquiera, salió por el portalón oscuro, mientras Enrique volvía a sentarse a la mesa. Tomó la única botella que restaba y sirvióse, con toda delectación, una copa de tequila. Y al beberla poco a poco pensaba.

Pensaba en Margarita, la pobre chica, que en un descuido se había enamorado “realmente” de ese vulgar, de ese imbécil *cowboy*.

VI

DONDE APARECE POR FIN EL HOMBRE MALO DE LA HISTORIA

Pasó mucho tiempo. A la cosecha de trigo, de pingües ganancias y gratos recuerdos, siguió otra y otras. Los graneros tragaban costales panzudos para arrojarlos hasta los carros de ferrocarril, que huían de cuando en cuando, por sus caminos de plata. El Sultán seguía persiguiendo, potente y magnífico, a las yeguas de la sierra.

Una noche de agosto encontrábanse sentados, junto a la gran chimenea de la casona —chimenea que nunca chisporroteó— el patriarca don Antonio y Gonzalo Castillo. Afuera llovía a torrentes, presagiando una tempestad arrolladora e impetuosa, de esas que obsequia con tanta frecuencia la sierra de Tepic.

El quinqué de petróleo parpadeaba abrumado por el sueño, alargando a su albedrío las sombras sobre las paredes amarillas. Afuera alternaba el trueno con el aullido de algún perro de poco valor.

—No sé por qué, mi querido Gonzalo, esta noche de tormenta me hace recordar a Margarita... a esa Margarita que trajo, en mala hora, mi vicioso sobrino. Quizá la recuerdo porque, en una noche como ésta, salieron de aquí para siempre... Lo que nunca he podido explicarme es el “por qué” del desenfreno de esa chica, que durante varios meses guardó deliciosa conducta. Lo sentí mucho... Le confieso, señor Castillo, que llegué a quererla verdaderamente. ¿Por qué se descosió, de la noche a la mañana, llegando hasta embriagarse, hasta armar escándalos terribles que me obligaron a correrla?

Gonzalo Castillo no hablaba, un poco pálido por el recuerdo. Hubo un silencio ancho, isócronamente cortado por el trueno que partía a la montaña.

—Señor don Antonio: Deje usted que hoy le hable lealmente... Usted no sabe muchas cosas de esa Margarita a quien tanto quiso.

Don Antonio miró con extrañeza a su interlocutor.

—¿Tiene algo que contarme... hasta ahora? —exclamó con aire de reconvención—. Dígalo, y quizá me explique usted las cosas extrañas que mis años no pudieron explicarme.

—Margarita fue mi novia, señor don Antonio. Yo esperaba que vendiéramos la cosecha de trigo

para pedirla a usted y casarme inmediatamente. La quería yo con toda mi alma y ella... ella estoy seguro que también me quería. Una noche Enrique, su sobrino, me “abrió los ojos” y viéndome engañado por una mujer de tan larga historia...

—¿Quiso matarla? —interrumpió el viejo.

—Algo peor, don Antonio.

—¿Quiso injuriarla... despreciarla?

—Peor todavía... quise hacerla mía, de la misma manera que los otros hombres de la ciudad.

Llegué hasta ella, después de la revelación de Enrique y como un canalla la besé brutalmente...

—¿Y ella qué hizo? —preguntó el viejo clavando su mirada en el joven y flamante propietario de San Antonio.

—Ella se resistió como una fiera, llena de un pudor virginal. Y me gritó a los oídos... esas mismas palabras de usted: ¡mátame... despréciame!... Y añadió: ¡Pero no te iguales “a los otros”! Yo cedí y la llené de injurias. Recuerdo mi risa convulsiva y mi afán terrible de humillarla con mi dinero y mi lujuria... Pero ahora, señor don Antonio, pienso que fui un canalla.

Una luz vivísima iluminó el cuarto y el trueno estremeció las paredes, yendo a perderse después a lo lejos, dando tumbos como un carretón.

—Aunque no creo en las Magdalenas arrepentidas —murmuró el patriarca— porque eso suele verse mucho en las novelas, en las que leí de joven, dudo ahora, como no dudé nunca... Margarita, a pesar de todo, era una buena chica que quizá vio el camino de la rehabilitación por el amor... Mejor hubiera sido matarla, si usted la quería honradamente, pero no matar en ella toda ilusión. Y es que nosotros, mi querido amigo, estamos hechos de mala arcilla: somos incapaces de perdonar las culpas ajenas, pero siempre queremos que el pecador continúe pecando.

Gonzalo Castillo, con la voz oscura, murmuró:

—Fui como todos, sin comprender que al menos debí respetar su grande ilusión... Una grande ilusión que, según decía Margarita, había puesto en mí.

Don Antonio interrumpió gravemente:

—Olvidémosla, mi querido amigo. Fue una mujer que vino a iluminar nuestra vida con su bondad y su juventud. Y si usted cometió con ella un acto indigno, confesemos que nadie, en el mundo, tiene la voluntad suficiente para sentirse redentor... Somos hombres...

—Somos hombres —interrumpió Gonzalo Castillo—, somos hombres cegados por todas las pasiones y por todos los prejuicios. ¡No importa!... Sólo así podemos defendernos y defender el honor de todas las mujeres... de todas las mujeres del futuro. ¡A costa de uno que otro corazón podrido que logra sanar milagrosamente!

Los gallos sacudían jubilosos las fanfarrias en honor de la señorita Aurora, que, por el oriente, asomaba ya su naricilla rosada, y las vacas iniciaron la grave sinfonía de sus mugidos. Sonaron las cinco en el reloj del comedor, subrayándose la hora con un “currucucú”.

Don Antonio imaginó de pronto al pájaro de madera, asomando su cuerpecillo con movimientos de autómeta. Volvió el silencio y el buen patriarca diose a mirar las altísimas vigas sin verlas.

Al fin murmuró:

—Hay que confesarlo, señor Castillo: defendemos el honor de todas las mujeres, a costa de uno que otro corazón podrido que logra sanar milagrosamente y que nosotros volvemos a llenar de gusanos...

Noviembre de 1922